



Ben Nelson, fundador de la Universidad Minerva, durante una visita a Barcelona en 2019. / MASSIMILIANO MINOCRI

BEN NELSON Fundador de Universidad Minerva

“Hay niños de siete años más listos que algunos graduados de Harvard”

ELISA SILIÓ, Doha El estadounidense Ben Nelson (Haifa, Israel, 46 años), expresidente de la desaparecida Snapfish —la primera empresa de impresión online de fotos—, fundó en 2012 Minerva University, ubicada en San Francisco, que se jacta de ser la institución más selectiva del mundo (entra el 2% de los más de 25.000 solicitantes de 180 países), por delante de Stanford, situada también en California. Con sus características —solo 600 alumnos, sin apenas investigación y sin doctorados— Minerva jamás pasaría la criba de calidad aprobada el pasado año en España, pero cuenta con una legión de seguidores.

Nelson, que estudió en la prestigiosa Wharton School —la escuela de negocios más antigua del mundo— de la Universidad de Pensilvania, es tan polémico, simpático e histriónico que se convierte en el centro de atención de cualquier mesa redonda. Le ocurrió en el foro WISE de la Fundación Qatar, al que este diario acudió invitado por la organización. Su método, el aprendizaje a través de la práctica, no es nuevo, se utiliza ya en todas las etapas educativas en medio mundo, pero ha logrado captar el interés con su discurso y las vivencias de sus alumnos.

Pregunta. ¿No aprendió nada en la carrera?

Respuesta. Siempre se aprende algo, pero la investigación demuestra desde hace 40 años que con una enseñanza basada en un examen no se retiene lo aprendido. A un alumno de Harvard le examinas seis meses después de

las clases y solo ha retenido un 10% de lo que contestó correctamente en el examen. El modelo de universidad con exámenes se desarrolló hace miles de años y ahora sabemos cómo funciona el cerebro, que no retiene la información así. Nuestros alumnos aprenden algo en un contexto y van profundizando. Podemos medir su aprendizaje tres años después y retienen el 80%.

P. Pero para ser ingeniero o arquitecto se necesitan unos conocimientos muy específicos.

R. ¡Oh, por supuesto los conocimientos son muy importantes! También en economía, literatura... Las lecciones en clase no son efectivas. Hay una persona hablando, 100 escuchando y, si 50 no entienden algo, la clase sigue. los alumnos tienen que aplicar en clase lo que han aprendido. Cuando ves la grabación de una clase y no entiendes, puedes parar y mirar en Google o en un libro. Eso son deberes y eso ya lo conocemos. ¡No es una idea alocada!

P. Las clases en Minerva, entonces, son vídeos.

R. Sí, pero son vídeos en directo. Nuestros alumnos antes hacían sus deberes y lo aplican en clase con simulaciones, discusiones, debates. No olvidan lo que aprenden, porque lo aplican hasta que son capaces de hacerlo sistemáticamente. En una universidad típica los estudiantes eligen las materias que quieren —especialmente en Estados Unidos— y así no hay forma de reforzar lo aprendido. Y el segundo problema es que los profesores no son conscientes de que hay

otras vías [de aprendizaje]. Esa, de España, es la primera universidad que ha identificado la innovación de Minerva y estamos haciendo conjuntamente un programa. Trabajamos también con universidades en Corea del Sur, Sudamérica...

P. ¿Qué ofrece Minerva al mundo laboral que no proporciona la universidad tradicional?

R. Si quieres ser periodista, en una universidad tradicional te van a decir que pienses en la audiencia cuando escribes. Minerva hace que tú lo descubras solo.

P. ¿Qué piensa de plataformas tecnológicas como Coursera despreciadas por algunas universidades?

R. Los de Coursera estaban emocionados con la primera clase para Princeton, una introducción a la sociología, pero un segundo después se dijeron: ¿esto era Princeton? Apareció un profesor recostado hablando así [le imita hablando muy lentamente], como en cualquier universidad. No es que no les guste Coursera, no se gustan ellos. Si cierras la puerta y hablas con el rector de una universidad, admiten que exportan al mundo virtual las cosas malas que hacen en presencial. Hay que casar la sabiduría de los departamentos y la ilusión de los estudiantes con el entorno tecnológico para conseguir el aprendizaje de forma sistemática.

P. Usted despotrica del sistema de acceso a las universidades americanas y ha creado su propio sistema. ¿Por qué?

R. Investigaciones demues-

“Los ‘rankings’ serían útiles si midieran si los alumnos pueden resolver problemas”

“En EE UU los padres pagan por el fútbol para que sus hijos accedan al ‘college’”

“Ahora sabemos que el cerebro no retiene la información a base de exámenes”

tran que los resultados de los SAT (Scholastic Aptitude Test) tienen más que ver con la renta que con el coeficiente de inteligencia. Tienen a solicitantes mediocres ricos con resultados altos. Y eso es un problema cuando se recibe subvención del Gobierno, de las tasas... Tampoco hacemos preinscripciones. Los padres que ya estudiaron en un college pagan 300 dólares a un asesor para que escriba la biografía de su hijo. Si tus padres no fueron a este college, no sabes qué se espera de ti.

P. ¿La meritocracia no funciona? ¿No existe ya el sueño americano?

R. Stanford, por ejemplo, cuesta 80.000 dólares por curso y el 53% de sus graduados no están cualificados para recibir ayuda porque pertenecen al 2% de la población más rica de Estados Unidos. ¿Eso es meritocracia? Estadísticamente es imposible. En Minerva el 6% de los alumnos pertenece al 2% más rico del mundo, siguen sobrerrepresentados, pero es difícil resolverlo porque cuentan con ciertas ventajas. Ocorre también en Cambridge.

P. Su universidad es más barata que Harvard, pero muy cara para un español (unos 39.000 euros anuales).

R. Sí, pero el 80% de los estudiantes recibe alguna ayuda de Minerva y algo más de la mitad (55%) gasta menos de 5.000 dólares (4.300 euros) de dinero de bolsillo.

P. Su país ha vivido el escándalo de los sobornos para el acceso a Harvard y otras grandes universidades.

R. Hace siete años tuve una charla en Harvard y les animé a que dejaran de dar las clases tradicionales. Después uno de los decanos me dijo: “Ben, no lo entiendes, cada año Harvard admite a varios estudiantes —no a uno— incapaces de contestar a 2 × 2 = 16”. Es una excepción, pero hay niños de siete años más listos que graduados de Harvard.

P. En su país hay un enorme negocio en el acceso a la Universidad.

R. En China los padres mandan a sus hijos a extraescolares para enriquecer sus mentes y que puedan pasar la *gaokao* [selectividad], mientras que en América pagan por el fútbol porque creen que así entrarán en el college. A nadie le importa la educación, importa la certificación. Este es el problema fundamental del sector educativo. Lo importante no es que hayas ido a Harvard, sino si eres capaz de solucionar problemas, trabajar en equipo... Aunque la gente lo sabe, por una razón extraña quiere que sus hijos vayan a determinada universidad. Los rankings refuerzan esa idea absurda.

P. ¿No opina bien de los rankings?

R. En general son inútiles. Solo clasifican la producción investigadora, especialmente Shanghai: cuánto dinero se invierte en cada profesor, cuántos estudiantes tiene por profesor... Los rankings serían útiles si fuesen capaces de medir si los alumnos son capaces de resolver problemas.